



Ilustración base para el cartel de las jornadas en homenaje a Pablo Serrano en Andorra, obra de Jesús Gómez Planas.

## PABLO SERRANO, EL ESCULTOR DE CRIVILLEN



D

O

S

S

I

E

R



# EL PRADO DE PABLO

JESUS GOMEZ PLANAS

PROFESOR DE PLASTICA DEL IES PABLO SERRANO DE ANDORRA

Fue una tarde de invierno de 1975 cuando entró en aquella galería de arte de la ciudad de Valencia con expectación y recogimiento, no exento de la timidez que siempre le ha caracterizado, y con la inseguridad de sus dieciséis años. Entrar en los lugares donde se alberga la obra artística le sigue produciendo una sensación de cierto misticismo. A menudo ha pensado que las salas de exposiciones y los museos son los lugares laicos más parecidos a las catedrales, ya que invitan a bajar la voz y a elevar eso que llaman el espíritu. Tengamos en cuenta que era una de sus primeras visitas a una sala de este tipo, todavía no estaba acostumbrado, no era un espacio habitual, como después acabaría siéndolo. Hoy en día ya son muchas las horas que ha pasado delante de cuadros, esculturas, dibujos, fotografías, o cualquier otra manifestación artística de las que se exhiben en los santuarios del arte de todo el mundo. Desde las salas más modestas y alternativas hasta los grandes museos han sido siempre objeto de su atención devorando sus contenidos con fruición, al igual que de si una droga dura se tratara, que le atrapa y que le calma esa necesidad de belleza recreada que parece tener, esperando después a que llegue la siguiente dosis lo antes posible. Muchos de sus desplazamientos y viajes siempre han estado, y están, condicionados por estos lugares tan adictivos.

Pero volvamos a esa tarde invernal de descubrimiento y premonición. Como hemos dicho, eran sus inicios como espectador en el mundo de las galerías de arte y también su primer contacto con la obra de un artista, con la que, ni se imaginaba en esos instantes, acabaría estando más relacionado de lo que cabría esperar bastantes años después, ya en su madurez. Ese artista era Pablo Serrano, el escultor de Crivillén. En ese momento, es de suponer, que conocer el origen turoense del escultor, a través del catálogo editado con

motivo de la exposición, no tuviera mayor relieve para él, más allá de la casualidad de que sus propios padres habían nacido en pequeñas poblaciones de esa provincia, así que, por sus venas también corría sangre aragonesa; aunque él nació en Valencia, fruto de la emigración sufrida por las gentes de Aragón a mediados del pasado siglo, permaneciendo toda su infancia y adolescencia en esta ciudad mediterránea. Su conocimiento de Teruel se limitaba a un par de veranos que había pasado en el pequeño pueblo de su madre cuando era muy niño y a las horas interminables de aquel viejo tren correo que partiendo de la Estación del Norte de Valencia, y con destino a Zaragoza, paraba en todas las poblaciones por las que pasaba, y en donde más tiempo se detenía era, precisamente, en la estación de Teruel, permitiendo a los viajeros descender al andén e incluso deambular por las cercanías, y de esta forma recuerda haber contemplado, de lejos, la famosa escalinata con los relieves alusivos a la historia de los famosos amantes que permitía la subida de viajeros hasta el centro de la ciudad.

Viajar en aquel tren constituyó toda una aventura fascinante para sus infantiles ojos. Como también lo fue contemplar aquella tarde las obras que se mostraban ante sus ojos, en este caso adolescentes. Aquellas interpretaciones, “divertimentos”, de los cuadros de los grandes maestros del Museo del Prado realizadas por el escultor –pequeñas figuras de bronce, no mayores de 39 centímetros de altura, que parecían estar sacadas de la superficie plana del lienzo y que permitían dar la vuelta a su alrededor a nuestro entusiasmado observador– le atraparon de inmediato.

Al igual que Pablo Serrano, él también se había interesado desde muy pronto por lo tridimensional y al contemplar estas obras le vino a la mente el día en que cayó en sus manos el primer trozo de plastilina –¡maravilloso material maleable!– que le abrió todo un universo de posibilidades. Siendo como era un niño creativo y con una gran capacidad de observación, se dedicó a reproducir el mundo que le rodeaba, a poseerlo, con cada una de las piezas que realizaba con este nuevo material. Realizó, desde figuritas de Belén, hasta reproducciones a pequeña escala de los monumentos falleros –para eso vivía en Valencia– esqueletos, y otras formas diversas. Temas muy variados fueron objeto de su interés, ¡fue todo un divertimento infantil! Así que pensó que aquella serie de pequeños bronces que estaba contemplando, salvando las distancias, conectaba mucho con sus propias creaciones y aunque ya hacía un tiempo que había abandonado estas prácticas con la plastilina, ya había descubierto otros materiales, su madre aún guardaba aquellas obras, que tenían un cierto toque *kitsch*, en una vitrina y allí permanecieron durante años, mostrándolas a las visitas con orgullo materno, hasta que se fueron cayendo a trozos por el paso del tiempo.

En ese momento de su vida su interés por lo artístico era grande, pero su formación era escasa, así que esa exposición le sirvió para seguir ampliando sus conocimientos artísticos e inyectarse sus primeras dosis de aquella droga que siempre acabaría conmoviéndole, también le permitió conocer la figura de Pablo Serrano y aproximarse al museo del Prado a través de la propuesta del escultor.

Todavía no había viajado a Madrid, por lo tanto sólo conocía la pinacoteca y algunos de sus artistas a través de las reproducciones de los libros de arte, otra de sus aficiones. Así que la visita de esa tarde a la ya desaparecida galería de arte *Doble ele* supuso todo un descubrimiento y fue una premonición de lo que sería su vida posterior. Pocos años des-

pués viajaría a Madrid, cumpliendo su sueño de visitar el museo del Prado por primera vez, posteriormente estudiaría la carrera de Bellas Artes en la Facultad de San Carlos de Valencia, adquiriendo la formación que le faltaba, acabaría dedicándose a la enseñanza, primeramente en Valencia y posteriormente en Aragón. Actualmente lleva catorce años como profesor de dibujo y educación plástica, casualidades de la vida, en el IES Pablo Serrano de la localidad de Andorra en Teruel, no muy lejos de Crivillén, localidad natal del escultor.

Ha diseñado el logotipo del centro en el que trabaja, basándose en una de las esculturas de la serie *Unidad-Yunta* del año 1976. También ha participado en las jornadas de homenaje que ha organizado el centro con motivo del centenario de su nacimiento durante el presente curso, diseñando el cartel anunciador de las mismas y realizando una exposición con las esculturas de sus alumnos.

Su última conexión con el artista, hasta el momento, es este texto, escrito en tercera persona, lo que me ha permitido (haciendo un pequeña trampa) hacer un viaje sentimental a partir del recuerdo, desdoblándome (evitando así el pudor que produce hablar de uno mismo) como si de otra persona se tratara, lo que me ha dado una mayor libertad y distanciamiento al hablar de mi relación con la figura y obra del escultor, ayudado por el catálogo que se editó para la exposición del año 1975 y que todavía conservo. ¿Por qué será? Misterios de la vida. La obra de Pablo Serrano contenida en sus páginas ha resultado ser el nexo de unión con el pasado, teniendo el mismo efecto evocador que la magdalena de Proust.

Recuperar este catálogo después de tantos años, volver a ver sus imágenes y leerlo de nuevo en estos momentos permite comprobar la relevancia que tuvo Pablo Serrano en el panorama artístico de la España de finales del franquismo, cuando todavía estaba vivo, como lo demuestra la introducción que aparece en el mismo firmada por dos pesos pesados de la crítica artística de la época, uno es Xavier de Salas, el entonces director del Museo del Prado, y el otro es José María Moreno Galván, miembro de la Asociación de Críticos Internacionales, que durante los años sesenta y setenta se convirtió en uno de los críticos de arte progresistas más influyente, como autor de numerosos catálogos de exposiciones de arte y colaborador habitual de las revistas *Artes*, *Triunfo* y *Nuestro Tiempo*.

Me permito reproducir a continuación esa introducción, ya que considero que es un documento que arroja luz sobre la obra del artista, especialmente sobre esta primera serie de obras de los años sesenta y setenta, denominadas *Divertimentos en el Prado*.

## LA INTRODUCCION DEL CATALOGO

*Pablo Serrano, escultor de gigantes, escultor extremoso y patético, revela con esta exposición de pequeños bronce otra faceta de su arte. Estos "múltiples" permitirán a muchos el gozar de la contemplación en calma de estas pequeñas obras maestras, que permiten penetrar en recónditas intimidades del escultor. La primera es su interés por la obra de arte del pasado —Pablo Serrano es asiduo del Museo—; la segunda, tantas veces escondida por el gran volumen y la expresión violenta de sus obras mayores, su ternura, su ironía, su alegre juego. Estos son los sentimientos que animan estas pequeñas figuras, comentario a los más famosos personajes de cuadros del Museo. Estos "múltiples" nos muestran lo que el escultor descubrió*

como esencial en estas figuras, siendo su íntima reacción, fija para siempre en bronce, de una muy variada gama de sentimientos. La revelación de reacciones ante lo que otros grandes artistas immortalizaron. “Los múltiples” son confidencias de Pablo Serrano sobre muchas obras maestras.

He aquí que esta condición las hace ejemplares. Recuérdese cómo el gusto por el pequeño bronce nace en el Renacimiento, en buena parte por el coleccionismo en los pequeños bronces de la antigüedad y de las diminutas copias de obras clásicas admiradas por todos. Eran entonces estas obras –y siguieron siendo así en los siglos siguientes– copias y reconstrucciones; cuanto más variantes de obras conocidas. Pablo Serrano, hombre de hoy, no pretende verter al bronce las figuras pintadas. Lo que presenta con agilidad y maestría es su reacción sobre estas figuras que immortalizaron grandes maestros. Plasmó en sus “múltiples”, de manera vibrante y descarnada, su íntima reacción, en la que hallamos expresados complejos sentimientos, entre ellos –ya lo dijimos– la ternura, la ironía y la gracia. Aquellos que no caben en sus obras gigantes y que hacen verdad el calificativo que su autor les daba el otro día: divertimientos. No son estos “múltiples”, ni copias, ni interpretaciones, son expresiones personalísimas del gran escultor Pablo Serrano; sus confidencias sobre obras de los más grandes pintores.

**Xavier de Salas**

Director del Museo del Prado

**“Autorretrato de Goya”**

A partir del cuadro de  
D. Francisco de Goya  
Bronce de 34 cm de altura

**Edición de siete ejemplares**



Hace trece o catorce años, y a raíz de una visita al Museo del Prado, Pablo Serrano empezó a realizar, a la manera de un divertimento, algunas versiones de las piezas famosas que figuran allí. Fue en sus principios como un trabajo marginal y ciertamente irónico. Pues, evidentemente, interpretar a la pintura desde la escultura tiene que ser siempre una acción deliberadamente heterodoxa o un gesto de primitivismo interpretativo. Unas pinturas como las del Prado son siempre una traslación al mundo de la imagen bidimensional de lo que se nos aparece volumétricamente, en tres dimensiones. Una acción, como la de Pablo Serrano en este caso, significaba el gesto inverso: volver desde la imagen bidimensional hasta el volumen. Es decir, no se trataba de interpretar el volumen desde el volumen, sino de transformar en volumen una imagen bidimensional... Eso significaba, evidentemente, una herejía interpretativa que no se podía aceptar sino dándole la vuelta por el camino elegido por Pablo: por el camino de la ironía.

Pero no es sólo eso lo que esas pequeñas esculturas de Serrano aportan. Son unas esculturas, evidentemente, interpretativas de los sujetos que están a la vista. Pero para **interpretar**, esas pequeñas esculturas han tenido que forzarse a sí mismas en una especie de lucha contra su propia naturaleza: antes que ser, como cualquier escultura, una especie de organismos que viven condicionados por el espacio envolvente y que, al mismo tiempo, lo condicionan, son organismos fundamentalmente **expresivos**; tienen algo así como la temperatura, el carácter y hasta el "color" que, casi, son connaturales con la pintura. Claro que por ser esculturas viven también en el seno de la dimensión; pero su argumento no está en la línea de la dimensión sino en la de **la expresión**.

**José M.º Moreno Galván**

Miembro de la Asociación de Críticos Internacionales

### **"La Infanta Margarita"**

Detalle a partir del cuadro de  
"Las Meninas" de D. Diego Velázquez  
Bronce de 22 cm de altura

Edición de 68 ejemplares



Como podemos ver, ambos eran importantes figuras de la crítica del ambiente artístico del momento y grandes conocedores de la obra del artista. Contar con estas dos firmas en un catálogo indica la importancia que tuvo el escultor Pablo Serrano en vida, corroborada por la gran popularidad alcanzada en sus años finales, jalonada por condecoraciones, medallas y reconocimientos institucionales varios. Así pues, me pregunto: ¿Por qué aquella situación de entonces contrasta con la actual? Hoy el artista de Crivillén está condenado al ostracismo más absoluto por las instituciones públicas y la crítica especializada, que parecen haber olvidado que en 2008 se cumplía el centenario de su nacimiento (debían de estar ocupadas en fastos de mayor proyección), y en cuanto al Museo Pablo Serrano en Zaragoza lleva tiempo cerrado por obras, sus motivos tendrán, pero me parece un poco triste. Tan sólo modestos reconocimientos desde la periferia, como los realizados por el museo Pablo Serrano de Crivillén, la Escuela de Artes de Zaragoza y las jornadas de homenaje realizadas en la localidad de Andorra organizadas por el CELAN –con la participación de otras instituciones como el IES Pablo Serrano, la Comarca o el Ayuntamiento– han tenido a bien acordarse de la efeméride rindiéndole homenaje con diversos actos y publicaciones.

Tal vez pretendan homenajearlo dentro de dos años, pues como dato curioso, hay que decir que en ciertas publicaciones y biografías del artista aparece como fecha de su nacimiento el año 1910, en el catálogo que nos ocupa también se recoge esta fecha. Lo que indica que el propio escultor estaba al tanto. Hoy sabemos que en la partida de nacimiento consta el año 1908 como año en que vino al mundo. ¿Hubo confusión o fue el propio artista el que se encargó de difundir esta fecha, rejuveneciéndose dos años en un acto de coquetería?

El otro día, en la inauguración de una exposición, hallé algunas respuestas al porqué de la poca visibilidad de la obra de Pablo Serrano en el actual panorama artístico español, al preguntarle a un importante comisario y crítico de arte de la ciudad de Zaragoza, estudioso y buen conocedor de su obra y figura, a qué se debía este olvido que hoy en día sufría el artista, cuando en vida tuvo reconocimiento y popularidad. “Era un gran comunicador y se supo vender muy bien a sí mismo” me dijo, y prosiguió: “Al morir no hubo ningún crítico que lo reivindicara, su obra no está en el mercado, no cotiza en los valores de los circuitos artísticos, algunos de sus retratos se han vendido a precios muchísimo más bajos de lo que se vendieron entonces”. “¿Y Pablo Gargallo?” Le pregunté, acordándome del otro escultor aragonés también llamado Pablo y que cuenta también con su propio museo. A lo que me respondió: “Gargallo, por el contrario, sí que está en el mercado, y sus obras se cotizan cada vez más, es un artista muy valorado”. Otra de las razones a las que aludió es que la familia de Serrano, sus herederos, no han sabido gestionar bien su legado, han tenido muchos problemas. También me interesé por el edificio que alberga sus obras y que permanece cerrado por reformas. Así que le dije: “¿Es cierto que acabará siendo el museo de arte moderno que no tiene Aragón?” “Sí, eso es lo que se pretende con esa ampliación que se está llevando a cabo” me contestó.

Puede que ésta sea de las pocas comunidades autónomas que no posea un edificio emblemático para albergar el arte contemporáneo. Esta moda o “necesidad” que se inició en 1986 con el Centro de Arte Reina Sofía, y al que le siguió el Instituto Valenciano de Arte Moderno, no se ha detenido. Una larga lista de museos e instituciones artísticas,



públicos en su mayoría, pueblan la geografía española con sus imponentes edificios, que firman importantes arquitectos y que en algunos casos han servido para transformar el trazado urbanístico de algunas ciudades convirtiéndolas en focos de atracción turística, véase el ejemplo del Museo Guggenheim de Bilbao.



**“El Caballero de la mano  
en el pecho”**

A partir del cuadro de El Greco  
Bronce de 36 cm de altura

Edición de 51 ejemplares







Prosiguiendo nuestra conversación le pregunté: “¿Y qué pasará con la colección de Pablo Serrano? ¿Permanecerá allí? En Valencia crearon el IVAM alrededor de la figura y obra del insigne escultor Julio González”, a lo que él me contestó: “No, sólo permanecerá expuesta parte de su obra, se le dedicará alguna sala donde estará representado dentro del conjunto del resto de obras del museo. Aunque, añadió, el problema es que no hay obra suficiente para crear una colección de arte, hoy en día es muy difícil, los precios del mercado son desorbitados”. Sí, pensé yo, recordando que algunas de estas grandes operaciones museísticas, de carácter más político que cultural, han acabado siendo un tanto patéticas, cuando el continente tiene más importancia que el contenido.

Tal vez la obra de Pablo Serrano no aportó tanto a la evolución de la escultura contemporánea, como sí lo hicieron Julio González y Pablo Gargallo entre otros y esto unido a lo anteriormente dicho ha contribuido a situarlo en un segundo plano. La historia y el tiempo ponen a cada uno en su sitio.

Volviendo a los “divertimentos” del artista, hay que decir que sectores de la crítica más reciente han calificado de obras menores la serie que nos ocupa, “meros entretenimientos” han dicho. Es cierto que estas obras, y concretamente las que formaron parte de aquella exposición: “*El Prado*” de Pablo Serrano, estaban concebidas con el propósito de llegar a un número mayor de público: esculturas de pequeño formato, los grandes clásicos como tema, (a la gente siempre le gusta encontrarse con los iconos reconocibles de su cultura), piezas seriadas que permiten vender varios ejemplares de una misma obra... Evidentemente se trataba de vender, bueno ¿y qué? El artista y las galerías tenían que comer, ¿no? Y el arte, como cualquier otra manifestación humana, está sometido a la tiranía del mercado. Y por lo visto tuvieron el éxito esperado.

Todo lo dicho no es óbice para considerar esta serie como menor dentro del conjunto de su obra. Creo personalmente que son obras de lo más atractivas, si se las considera sin prejuicios, son, si se quiere, trabajos más amables, pero también más íntimos y menos pretenciosos que otros de carácter más monumental. Precisamente porque estas obras fueron realizadas por el artista como un juego, un divertimento, reflejan esa frescura de la obra directa hecha con la rapidez de un boceto, lo que les confiere una magia especial y una poesía, no exenta de ironía, que convierte a estas pequeñas esculturas en grandes. Además conectan con la tradición de la mayoría de los artistas cuando homenajean con admiración a los grandes maestros de la pintura. Es evidente que Pablo Serrano conocía muy bien la pinacoteca madrileña y al igual que otros muchos artistas se sintió atraído por las obras de pintores como Goya, Velázquez o Tiziano, teniendo la necesidad de hacerlas suyas mediante su interpretación. Recuérdese la fascinación que sintió Picasso por el cuadro de Velázquez *Las Meninas*, del que hizo varias versiones, o el pintor realista francés Manet, que encontró inspiración en pintores como Velázquez y Goya, para pintar con un estilo mucho más libre y moderno; otro ejemplo es el de Bacon, del que en estos días se ha inaugurado una gran retrospectiva en el museo del Prado del que fue un asiduo visitante, artista que realizó el cuadro *Estudio del Papa Inocencio X*, desgarradora interpretación de una obra del tan admirado Velázquez, que ya se ha convertido en todo un icono que simboliza muy bien el arte y la sociedad del siglo XX.

Mi atracción por estas esculturas, en las que Pablo Serrano recrea su “Prado”, tal vez no sea sólo artística, no es imparcial, ya que para mí han adquirido, como ya dije antes, un

carácter sentimental de puente con el pasado. De hecho, con el catálogo en las manos no puedo evitar recordar de nuevo la escena:

Fue una tarde de invierno de 1975 cuando entró en aquella sala de la ciudad de Valencia con expectación y cierto recogimiento...